

homilía en la fiesta de San Ignacio (Manila 31 julio 1981)

P. Arrupe

1. Celebrar con vosotros esta fiesta de S. Ignacio, reunidos en torno al altar, conmemorando el cuarto centenario de la llegada de la Compañía de Jesús a Filipinas, es para mí una alegría y un privilegio¹. Es una circunstancia que debe hacernos también pensar y reflexionar, imitando aquella característica de S. Ignacio que le inducía en toda situación a “considerar y reflexionar” en la presencia del Señor para “mejor proceder y adelantar en el divino servicio”.

Un primer sentimiento brota irreprimible en nuestros corazones: la gratitud, una profunda gratitud al Señor “dador de todo bien” a cuya generosidad se deben las innumerables gracias con que, a pesar de nuestras deficiencias, ha bendecido a la Compañía y a sus obras apostólicas en esta nación a lo largo de 400 años. Un himno de generosidad y amor —también con acentos de pesar por nuestras tibiezas—, de renovada y sincera promesa de fidelidad en la misión que de él hemos recibido, de grato y fraternal recuerdo a las generaciones de jesuitas que nos han precedido en estas tierras, aquí han trabajado, amado y muerto legándonos una copiosa herencia que nos estimula y compromete...: un himno así, digo, se alza hoy al unísono en

¹El texto lo hemos traducido de la versión inglesa publicada en: *Leadership for Service. The Visit of Father Pedro Arrupe to the Philippines and Thailand (July 24 - August 7, 1981)*, Ateneo de Manila University 1983, 40-49. Existe una versión castellana, ligeramente diferente, reproducida en: *Información S.J.* 13 (1981) 185-190.

nuestros corazones. ¡Bendito sea el Señor: a El el honor y la gloria!

2. Una conmemoración como la que hoy nos reúne debe evitar un peligro: reducirse a una nostálgica o triunfalística consideración del pasado. El pasado sólo alcanza su pleno sentido cuando proyecta su ejemplo estimulante hacia el futuro y, lejos de ser algo estático y petrificado, se convierte en inspiración dinámica. Nos sentimos radicados en el pasado, ciertamente; pero, al mismo tiempo, tenemos la viva conciencia de estar inmersos en las exigencias de un mundo presente y de ser responsables de la gestación de un futuro. Punto de referencia constante de este pasado, presente y futuro es la figura de Ignacio de Loyola, modelo, guía y garante del quehacer apostólico de la Compañía de Filipinas.

3. Ignacio fue un hombre de contradicción: “Cuantos opten por seguir fielmente a Dios, unidos a Cristo, sufrirán persecuciones” (2 Tim 3,12). El mismo Señor lo había predicho: Os perseguirán, harán todo lo posible por alejaros, seréis incomprendidos. Pero también dijo: “Felices vosotros cuando os persigan por el hecho de serme fieles” (Mt 5,11). Ignacio labró desde el principio su fidelidad al Señor entre procesos e incomprendimientos. A lo largo de la historia, su figura ha concitado amor y aversión, admiración y repulsa. Sus ideales, su línea de pensamiento y de acción han sido frecuentemente, deliberadamente, distorsionados y caricaturizados, falseados, calumniados. Al mismo tiempo, y desde otros frentes, Ignacio ha sido reconocido como un hombre providencial, un auténtico “enviado” de Dios para servir a la Iglesia.

Los seguidores de Ignacio han participado de esta herencia a lo largo de la historia. No hay crimen de que no se haya culpado ocasionalmente a la Compañía: regicidios, envenenamientos, ambición de poder, intriga, maquiavelismo. Al mismo tiempo, y por encima de humanos defectos, la hoja de servicios de la Compañía a la Iglesia en “defensa y propagación de la fe” constituye también, en apreciación de muchos, una brillante página de la historia de la misma Iglesia.

4. Este enfrentamiento de valoraciones pasa actualmente por un período de exacerbación. A partir de las Congregaciones Generales XXXI y XXXII se advierte incluso una significativa novedad: algunos de nuestros mejores amigos y bienhechores no acaban de comprender la motivación, significado y consecuencias que las opciones de la Compañía —en busca de la “renovatio accommodata” que pide el Concilio— ha tomado, en un profundo proceso interno de autoevaluación y discernimiento. A los ojos de algunos,

se ha producido el abandono de antiguas y gloriosas tradiciones y se está generando una creciente desviación del ideal ignaciano. La idea que más difícilmente se abre paso es la inseparabilidad de la promoción de la justicia y la propagación de la fe, que nuestra Congregación General XXXII nos presenta como indisolublemente unidas. Como consecuencia puede llegar a producirse un doloroso cambio de actitud para con nosotros de algunos de nuestros amigos y bienhechores (cosa que la misma Congregación General preveía). Unas veces se limitarán a expresar su descontento y a tomar distancias; otras, —posiblemente y aun con toda probabilidad— por sincero amor y estima de la Compañía que ellos conocieron, pasan a engrosar las filas de los opositores. No faltan casos de hostilidad incontrolada y aun de abierta persecución. Lo aceptamos como una participación en el misterio de la cruz, que es parte del auténtico seguimiento de Cristo.

5. Pero yo me pregunto y os pregunto: por grande que sea el dolor y decepción que estas actitudes nos producen, ¿no debería ser mucho más inquietante que —dadas las situaciones tan diversas en que la Compañía trabaja a lo largo y ancho del mundo, muchas de ellas profundamente marcadas por signos de injusticia y negación de los valores humanos y cristianos—, no sería inquietante, repito, que nuestra lucha —“militancia” la llamaba S. Ignacio— en servicio de la fe y promoción de la justicia no provocase acá y allá desconfianza e incluso hostilidad, que el pueblo nos desdeñase con el silencio, insensible a nuestra proclamación de auténticos valores evangélicos y a nuestra actividad en apoyo de ellos? ¿No querría decir eso que la Compañía habría perdido “mordiente”, que habría dejado de ser la fuerza de choque de la Iglesia o, para decirlo con palabras del Papa Pablo VI, que ya no seríamos esos jesuitas que están “donde quiera en la Iglesia, incluso en los campos más difíciles, en primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, donde ha habido y hay confrontación entre las exigencias del hombre y el mensaje cristiano”? ¡Mal augurio para la Compañía la paz y la seguridad de los indolentes!

6. Esa ambivalente valoración que ha perseguido a la Compañía en sus cuatro siglo y medio de historia ha tenido también su reflejo en Filipinas. Vosotros lo sabéis mejor que yo. Mi impresión es que también vosotros, como auténticos hijos de Ignacio, habéis tenido parte en esa incomprensión. Ignacio vio en las persecuciones y en la incomprensión una contraprueba necesaria, que involuntariamente da el mundo, de la legitimidad evangélica de la Compañía. Es que esa incompatibilidad con el mundo es parte de la herencia de Cristo. Está incluida en el testamento de su última cena: “Si

el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo. Pero como no sois del mundo, por eso os odia el mundo” (Jn 15,18-19). Todo el que sigue a Jesús da por supuesto que sobre él puede caer la sombra de la cruz. Pero, además, Ignacio hace profesión expresa — desde que en la Storta el Padre “le puso con su Hijo” que portaba la cruz— de seguir al Jesús pobre y humillado. El, Ignacio, quiere seguir a Cristo en los puestos de avanzada y por tanto más difíciles. Quiere “señalarse”, es decir, no solamente hacer un servicio mayor, sino aceptar el ser “señalado”, convertirse en blanco del tiro de los enemigos de Cristo, si esa es la condición del servicio. Eso es algo inherente al servicio de descubierta, de frontera, de roturación de campos vírgenes —geográficos, ideológicos, culturales— como pide la vocación universal y el “magis” de la Compañía.

7. Ignacio fue suscitado por Dios. Como dice Nadal: “Cuando Nuestro Señor quiere ayudar a su Iglesia, usa de este modo, suscitar un hombre dándole una especial gracia e influxo con que le sirva en modo particular”. Un fundador de esa talla es, ciertamente, portador de “un don particular”, es una irrupción de Dios en la historia de la Iglesia con una nueva forma de compromiso religioso, algo así como lo que ocurrió con los profetas en el Antiguo Testamento en situaciones críticas cuando el Pueblo escogido se encontraba en peligro. Su forma personal de entender la llamada de Cristo y su respuesta particular es el carisma fundacional. Cristalizado en institución es la Compañía de Jesús. Nosotros vivimos en ese carisma. La intuición ignaciana da rumbo e impulso a nuestra vida. Vivirla es nuestra respuesta a la llamada a la santidad.

De hecho, la nueva visión del Evangelio que supone todo carisma lleva en sí los gérmenes de una denuncia profética contra carencias y actitudes de los hombres de su tiempo. Y el mantener actualizado y vigente ese carisma conlleva también la predisposición a la denuncia ante las carencias y situaciones de pecado del futuro.

8. Ignacio percibió con clarividente realismo las necesidades de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo, y respondió a ellas de un modo nuevo, rompiendo los moldes consagrados cuando ello le pareció necesario, con una creatividad tan inspirada que aún hoy nos sorprende. Por las Constituciones, el carisma fundacional se convierte en carisma institucional. La letra del texto legislativo no excluye “la ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en nuestros corazones”. Las Constituciones son un texto abierto e inacabado, que bajo la luz del Espíritu se va completando a

lo largo de la historia, desarrollando así sus latentes y fundamentales líneas de fuerza que provienen de los Ejercicios . Ese espíritu se plasmó, a nivel práctico, en formas muy concretas, adaptadas a aquellos tiempos pasados. A lo largo de los siglos ha ido modificándose y adaptándose a las nuevas necesidades, dando así prueba de su vitalidad: no está muerto lo que crece, reacciona al medio y actúa conforme a las nuevas oportunidades. El mismo carisma, la misma preocupación por el servicio eclesial se está aplicando hoy a circunstancias cambiantes: la continuidad histórica en la diversidad cultural y eclesial es precisamente la garantía de la legitimidad. Por eso hoy la Compañía, que vive circunstancias tan diversas de aquellas y tan fluctuantes, ha debido cambiar tanto para conservar su “ignacianidad” y para ser fiel al carisma fundacional e institucional, aunque manteniendo lo sustancial, que es inmutable. Quien no tiene en cuenta el dinamismo propio del carisma ignaciano y lo concibe como algo estático y cristalizado en formas fijas, creyendo que así es fiel a él, en realidad lo ignora y, sin querer, le es infiel: y con una infidelidad tanto más peligrosa y corrosiva cuanto que reviste apariencias encomiables pero es, en el fondo, letal. “El carisma ignaciano, al menos en su comprensión y aplicación, admite un desarrollo. Hay elementos en él que con el tiempo van adquiriendo un mayor relieve y profundidad, se van haciendo más explícitos” .

9. Hoy, tanto la Iglesia como la sociedad humana en su conjunto están en “crisis”. Pero “crisis” es un diagnóstico que admite varias interpretaciones. Una es radicalmente negativa e identifica “crisis” con tensión conflictiva, degradación, demolición. Para otros, “crisis” es un momento positivo, un estado coyuntural de prueba que “no preludia la muerte, sino la gloria de Dios” (Jn 11,4): piensan que los elementos nuevos, por el mero hecho de ser nuevos, son más valiosos que los antiguos. Una tercera interpretación, por fin, da de la “crisis” una valoración más ponderada, intermedia: se esfuerza en reconocer en los campos en conflicto cuanto hay de negativo como negativo y cuanto hay de positivo como positivo; combinado la poda con el injerto, procura cercenar lo caduco y vitalizar todo lo sano y vigoroso. La nueva planta, siendo la misma, entra en una nueva etapa de vida.

Esta es la forma en que deberíamos entender la renovación que nos pide la Congregación General XXXII. Para no alargarme, cito únicamente un punto de especial significación, fruto de un laborioso discernimiento. Me refiero a la reformulación del fin de la Compañía: desde “la defensa y propagación de la fe” a la “*diakonia fidei et promotio justitiae*” (el servicio de la fe y la promoción de la justicia). La nueva fórmula no es en modo alguno reductiva, desviacionista o disyuntiva; más bien explícita elementos

que la antigua formulación contiene en germen, gracias a una referencia más expresa a las necesidades actuales de la Iglesia y de la humanidad, a cuyo servicio estamos comprometidos por vocación.

10. ¿Cuál es, en concreto, ese mayor servicio que, según el carisma de Ignacio, puede prestar hoy la Compañía a la Iglesia en Filipinas, a los hombres y mujeres de este pueblo? ¿Qué orientaciones operativas pueden sacarse de la experiencia cuatro veces centenaria de la obra de los jesuitas en este país?

Toda nación como tal, como todo individuo, tiene una vocación, una misión. Lo mismo que a nivel personal cada individuo debe interrogarse acerca de cuál es su misión, así también, colectivamente, podemos y debemos preguntarnos: ¿cuál es la misión, la vocación de la nación filipina en el mundo? ¿qué papel está llamada a desempeñar en la familia humana?

La respuesta os la dio recientemente el Santo Padre durante su homilía en Baguio: “Este es mi deseo ardiente y mi ferviente plegaria: que vosotros, mis hermanos y hermanas de Filipinas, ocupéis vuestra plaza en la vanguardia del esfuerzo misionero de la Iglesia, especialmente aquí en Asia”.

11. A la vista de las circunstancias actuales de su historia y su situación en el mundo, estimo que la misión de Filipinas es la de ser “faro de la fe en Oriente”. Filipinas tiene el privilegio de poseer una riquísima y diversificada herencia cultural: las culturas nativas, la aportación occidental de España y los Estados Unidos, los elementos asiáticos, chinos, japoneses, indonesios... , y la presencia islámica. Pero sois una nación cristiana. Por consiguiente, la misión de Filipinas es mostrar cómo la fe puede encarnarse, inculturarse en ese medio riquísimo; mostrar que la fe no mutila, sino que enriquece todos los valores propios de ese patrimonio espiritual y cultural; mostrar, por fin, que la fe misma queda enriquecida y es capaz de expresarse de forma nueva por medios de ellos. Vuestra misión, como el único país de mayoría católica en Oriente, consiste en mostrar lo que significa ser cristiano y asiático.

12. Hoy me gustaría insistir en un aspecto particular de vuestra misión de encarnar e inculturar la fe. Actualmente en muchos países del Tercer Mundo el desarrollo económico se logra al precio de destruir valores tradicionales y de romper los lazos familiares y comunitarios. El progreso económico acarrea degradación y deshumanización. Yo estoy convencido que vosotros también estáis llamados cómo una nación del Tercer Mundo puede entrar en el mundo moderno de la tecnología y la industrialización y preservar al mismo tiempo sus lazos profundos de familia y de humanidad;

mostrar cómo el grano de mostaza de la fe puede crecer en vuestro propio suelo nativo, llevando a la plena madurez a una nación que es cristiana y, sin embargo, profundamente asiática, desarrollada e industrializada y, sin embargo, humana. Esa es —creo yo— vuestra misión hoy.

13. Esto exigirá que intensifiquéis vuestros esfuerzos por vivir la misión de fe y justicia hoy. “Mientras que muchos buscan arreglar el mundo sin Dios, y en ello trabajan de manera resuelta”, vosotros mostráis, como pide la Congregación General XXXII, “que la esperanza cristiana no es un opio, sino (...) un compromiso firme y realista para hacer de nuestro mundo otro y, así, signo del otro mundo, prenda ya de una tierra nueva bajo cielos nuevos”.

Tal vez alguno pensará que ésto más que una misión es una utopía. Así es, si lo contemplamos con mirada humana y lo acometemos con medios humanos. Pero Ignacio nos enseña a “mirar arriba” de donde nos viene la fuerza, donde habita el Rey de Reyes y Señor de los que dominan (1 Tim 6,15; Sal 122). Elevando hacia él nuestros ojos, como Ignacio, con “humildad amorosa” comprenderemos que es una misión posible, que el Señor está con nosotros para realizarla.

14. Según yo pienso y siento, la misión básica de la Compañía en Filipinas es precisamente ayudar al país a realizar esta misión. Nosotros, jesuitas, tenemos a mano preciosos instrumentos para tantear y descubrir el camino acertado. En primer lugar, el hábito de proceder en toda gran elección con extrema indiferencia, “solamente mirando y atendiendo al fin que soy creado”. Estando habitualmente unidos con el Señor, siendo constantes en el discernimiento espiritual y apostólico, unidos estrechamente con la Santa Iglesia jerárquica, “arraigados y cimentados en la caridad” que nos lleva al total servicio del pueblo de Dios, la Compañía de Jesús aquí en Filipinas cumplirá su misión de ayudar al pueblo filipino a encontrar y realizar su misión.

Un segundo instrumento ignaciano a nuestra disposición que nos ayudará en esta tarea son las normas de selección de ministerios: vosotros debéis aplicarlas y discernir qué parcela de “esta viña tan espaciosa de Cristo nuestro Señor” tiene más necesidad, dónde es mayor “la miseria y enfermedad” de los que viven en ella, dónde “se fructificará más”, dónde “es mayor la disposición y facilidad de la gente para aprovecharse”, dónde hay “mayor obligación y deuda de la Compañía”, dónde el bien “será más universal y por tanto más divino”, dónde “el enemigo de Cristo nuestro Señor ha sembrado más cizaña”, dónde “en servicio de Dios nuestro Señor hay cosas más

urgentes y otras que menos premien”, dónde “hay cosas que especialmente incumben a la Compañía o se ve que no hay otros que en ellas entiendan”, dónde “hay cosas más seguras y otras más peligrosas”, dónde hay cosas que se pueden hacer “fácil y brevemente, y otras más difíciles y que necesitan más largo tiempo”, dónde hay “ocupaciones de más universal bien y que se extienden a la ayuda de más próximos, y otras particulares”, dónde hay “obras más durables y que siempre han de aprovechar y otras menos durables que pocas veces y por poco tiempo ayudan”. Todos estos son parámetros ignacianos que deben ayudarnos a encuadrar vuestras opciones de servicio a la Iglesia y al pueblo de Filipinas a la luz del Espíritu, para que este país encuentre y realice su misión en la historia.

15. Apenas dos meses después de que, en la mañana del 16 de marzo de 1521, tres galeones españoles arribasen por primera vez a estas orillas, Ignacio caía providencialmente herido en Pamplona. Veinticinco años después de su muerte, en 1581, la acción evangelizadora de la Compañía llegaba a este país. Han pasado cuatrocientos años. Cuatro siglo de esfuerzos, en que no ha faltado la sangre de los mártires. Y hoy, una floreciente provincia comprometida radicalmente a proseguir la tarea. En esta fiesta de S. Ignacio yo invoco su intercesión ante nuestro Sumo y Eterno Señor. Que nuestro Santo Padre os bendiga y os conceda esforzaros denodamente con su ejemplo y con su auxilio . Ignacio no tuvo posiblemente una idea concreta de las inmensas oportunidades apostólicas que se abrían en el lejano Oriente a medida que iba siendo conocido. Pero su intuición le permitió calibrar su importancia desde el principio. Y del puñado de hombres de que disponía, no dudó en enviar muchos y buenos, Javier entre ellos, a las tierras por donde nace el sol, con gran esperanza de fruto espiritual y más compañeros que quisieran unirse a la orden que acababa de fundar.

Al Señor, que va a hacerse presente entre nosotros en este altar, ofrecemos las alegrías, trabajos y penas de estos cuatrocientos años de presencia de la Compañía en Filipinas; y le pedimos, por medio de María bajo el título de Nuestra Señora de Antipolo “que nos ponga con su Hijo” en la gran tarea que tenemos ante nosotros: ayudar al pueblo filipino a realizar su misión en el mundo.

Pedro Arrupe